

PEDACERIA DE ESPEJO

Ricardo Garibay



Ricardo Garibay asume la literatura con un «testimonio de vivir». Su escritura se nutre de múltiples recursos. Es, sobre todo, un novelista, un cuentista, un cronista de ambientes, modos, formas de ser y de pensar. Lenguajes que descubren la esencia de las cosas, reflejos de las palabras, pedacería de espejo como en los versos de Pellicer.

Nació en Tulancingo, Hgo., en 1923. Su intensa actividad creativa incluye el periodismo, la narrativa, argumentos y guiones cinematográficos, cuento y teatro, poesía, ensayo, crónica, radio, televisión, periodismo político. Ha publicado más de treinta y cinco libros.

Índice de contenido

Cubierta

Pedacería de espejo

Prólogo

Gamuza

El hotel

El perdón de los pecados

Guerra en el baldío

Oro de peso pluma

Soledades

Fierros

Caballos de tempestad

El pesaroso comienzo de Erick Henry y su desconcertante
testamento

Flora, Serafina y el escritor

El Megáfono

Ingredientes de Arte

Crema Chantilly

Sólo por hoy I

Sólo por hoy II

9 de enero

23 de enero

6 de febrero

6 de marzo

3 de abril

24 de abril

22 de mayo

19 de junio

3 de julio

PRÓLOGO

En los años cuarentas caminábamos con Carlos Pellicer los barrancos y jorobas del rumbo de Los Remedios, lejano entonces de la ciudad de México. Salíamos temprano, en ferrocarril, y al filo de las diez llegábamos a Naucalpan. Él fijaba el día y el mes de la excursión. Decía:

—Octubre es perfecto desde el alba. Sol... sol... pero no desesperadamente, no, el exceso de luz nos impediría ver esos campos; un cielo ámbar con esporádicas nubes no muy gruesas, y viento frío, en la tarde, la mayor cantidad de viento, una total cantidad, maestros, para recibirlo encaramados en el acueducto de cantera roja.

A las once íbamos cruzando milpas, entrando en caseríos campesinos de mucha humildad, él hablando con todo mundo y comprando cacharros prehispánicos y recogiendo briznas para su Nacimiento. Veía la belleza y el milagro de las formas donde nosotros no veíamos nada. Recogía una rama minúscula:

—Mírela sobre la palma de mi mano, y a contraluz, poeta. Mire el gigantesco esqueleto de una ceiba anterior al Diluvio. Un trabajo de la tierra y el aire durante siete mil años. Qué maravillosa chingamusa. Mírela, humíllese, comience a labrar los poemas que aún no le nacen.

Y la rama pequeñita parecía eso, era eso que él estaba viendo, con lo que nos estaba abriendo el alma.

También, ante un mínimo desnivel del terreno —seco pasto amarillo de otoño— se echaba boca abajo y nos llamaba:

—Asómese desde aquí. Es increíble que esta pobre línea de veinte centímetros de altura, a un metro de mis ojos, sea en verdad algo sin límites, como el perímetro del infinito.

Nos echábamos. Era cierto lo que decía, y decía: —De donde... de donde —fíjese, poeta, esto es elemental, monumental y fino como la tela de una araña—... si nos entregamos de veras al prodigio, que está en todas partes, acá y allá y acá, junto a mi piel el prodigio inmenso, veremos, oiremos, sentiremos el universo como un secreto personal. ¡Díganme que me entienden y que no estoy perdiendo miserablemente el tiempo, carajo!

Alguna vez, quizás, hubo o habrá algún hombre con igual amor e inteligencia para mirar el paisaje. Lo dice su poesía —tabasqueña purísima— como ninguna otra poesía. Y de ella tomo cuatro versos para amparar y alumbrar el libro que ahora entrego, agradecido, a Tabasco y a su gobierno que se ve devoto y vigilante.

Pedacería de espejo.
La selva, encerrada, ulula.
Casi por cada reflejo.
pájaro que se modula.

Como una selva es la tarea acumulada de un escritor, luego de cincuenta años de trabajo. Como una interminable pedacería de espejo, cada frase y el millón de frases que han buscado la imagen de veras, el misterio de las cosas. Y el sinfín de reflejos, cada una y todas las palabras, y las veces, ya eternas veces de la «práctica de vuelo», del ímpetu de alzarse, de contemplar desde arriba el ir y venir de la gente entre su corazón y sus asuntos. La frustanea, la siempre dolida cacería del dibujo preciso, precioso, de la escultura conseguida —al fin—, esa sombra perfecta del pájaro del crepúsculo del verso de Pellicer.

Gamuza

—Bueno primor —cerró Marlene la conversación que ya duraba tres cuartos de hora—, cuelgo porque me espera un tiradero que si te lo contara acabarías exhausta. De todos modos mañana nos vemos en la comida, allí terminamos este rico chisme...

—Espérate, qué comida —la interrumpió Cherí.

—Qué comida. ¿Qué comida?

—Qué comida.

—Qué tienes, Cherí.

—No tengo nada, Marlene. Qué comida.

—Comida con Mali, para inaugurar su casa...

—¿Con Mali, pa...?

—¡No me digas que...! ¡No me digas...!

—Claro que te digo. No sé nada. Primera noticia.

—Pero ¡cómo!

—No estoy invitada.

—¡Pero cómo! Será que... no, no puede ser, invitó desde hace una semana... será que...

—Olvídate. No me invitó. El rico chisme lo terminamos otro día.

—No, espérate, no cuelgues. Déjame pensar.

Cherí, claramente herida, soltó una carcajada y dijo:

—Bueno primor, yo tengo acá mi tiradero. Cuelgo.

—Pero qué ñañasaras tiene contigo esa mujer.

—Déjala. Inclusive para mañana tengo un afercito que me envidiarías con toda el alma. Chao.

—Chao —dijo con voz apagada Marlene, y quedó con la bocina en la mano, sencillamente perpleja.

La Cherí colgó, se levantó rápidamente hacia el vestidor, a escoger el vestido para la mañana. Arrancó de los ganchos uno y otro y otro y los arrojó sobre la cama. Respiraba gruesamente. Se lanzó hacia el teléfono. ¡De ninguna manera, estúpida, qué vas a hacer! Se sentó en la cama. Estaba a punto de llorar.

Marlene volvió en sí con el teléfono en la mano, pensando: estoy sencillamente perpleja. Marcó un número. Contestó una voz ligeramente contralto:

—¿Sí?

—¿Táíbele? —preguntó Marlene.

—Sí. Quién habla.

—¡Táíbele! ¿Qué crees?

—A propósito de qué. Perdí la fe... deja ver...

—Cállate. ¿Sabes qué?

—Según el tema o materia de que se trate —dijo Táíbele, periodista siempre a la carrera—. Pero apúrate.

—Déjate de prisas y salidas intelectuales. ¿Sabes qué? Mali no ha invitado a la comida a la Cherí. Estoy subrayando *no ha invitado a la comida a la Cherí*.

—¡No! —estalló Táíbele.

—Nooo —afirmó con lenta certeza Marlene.

—Digo ¡no!, ¡no!

—Pues eso digo: no, no.

—No puede...

—Sí pudo. No la invitó. ¿Tienes mucha prisa?

—¡Deja la prisa! —gritó Táíbele—. Cómo, por qué, a qué horas, cómo lo supiste, te late o lo sabes de veras, quién te lo dijo ¿la propia Mali?, cuándo lo supiste.

Reía feliz Marlene, de haber sacado de sus urgencias nada menos que a Táíbele, con la cual tenían todas que estar con los parlamentos preparados como en obra de teatro, porque entre uno y otro, si tardaban más de quince segundos, Táíbele salía: «Mira mujer, en este momento me están haciendo una entrevista, tengo aquí las cámaras de

televisión. Yo te hablo ¿sí?». Y ahora reía Marlene encendiendo un calmoso cigarro.

—¡Estoy esperando! —gritó Táíbele manoteando el teléfono.

—Tranquila primor. Ahí te va.

—Sí, sí —gritó Táíbele y brincó hasta la silla más cercana.

—¿No tienes una entrevista? ¿No estás escribiendo algún artículo? ¿No sales desmechada hacia el periódico?

—¡Ya comienza, condenada!

—Bueno... Siéntate...

—Estoy sentada.

—Enciende un cigarro.

—Lo estoy encendiendo.

—Cruza las piernas, relájate bien tensa.

—¡Te odio, maldita!

—No la invitó. No la ha invitado. ¿Cuándo te invitó a ti?

—El... desde el lunes, sí, desde el lunes. Hace cinco días.

—Y a mí también, el lunes. Y a Cármina, y a Aidée, y a Marcos. Bueno, Marcos es su hermano. A todas desde el lunes.

—Todos. No todas.

—¿Qué?

—Rige el abyecto género masculino, aunque sólo sea un hombre y haya seis mujeres.

—No me corrijas, amor; yo también fui a la Facultad. Dije todas, y en todas se queda, porque si hablamos de Marcos pertenece a *todas* y no a *todos*.

Grandes risas de Táíbele. Se repone.

—¡Cómo eres lenguaraz!

—¿Me equivoco? ¿Por respeto a la gramática?

—Ya deja. ¿Y?

—Pues ya no la invitó. Si nos invitó a todas desde el lunes, y es viernes y mañana es la comida ¿cómo la ves? Punto.

—Quién te dijo.

—La Cherí.

—¿Ella te dijo: «No me invitó»?

—¡Pero si ni sabía siquiera de la comida!

Silencio largo, reflexivo. Marlene pregunta: «¿Estás ahí?». Contesta Táibele: «Estoy pensando».

—Lo mismo me pasó a mí —dice Marlene—. Y qué piensas.

—Pues... no se me ocurre —contesta Táibele—. Le voy a hablar a Cármina.

—¡No! —grita Marlene—. ¡La noticia es mía! Yo le hablo a Cármina. Tú háblale a Aidée. Y quién más nos falta, deja ver: Mali invita, estamos Táibele que eres tú, Marlene que soy yo, Aidée, Cármina, Sara Inés no está en México y no cuenta y ya te contaré de ella, y Cherí que no está invitada, y Marcos.

—Yo le hablo a Cármina, déjame. Yo la manejo para que le hable a Marcos, para que Marcos le hable a Mali ¡porque óyeme! primero, es su hermano, ya si él no le puede preguntar... ¿verdad?

—Claro, eso sí.

—Y luego, que si no va la Chericita yo no voy. ¿Cómo te suena?

—A que yo tampoco.

—Eso. Porque eso no se hace. A la Cherí no se le hace eso. ¡Óyeme, caramba!

—Pues te decía, te lo dije: agárrate que ahí te va.

—Pero cómo —urge Táibele—, cuenta, cómo.

—Pues yo le hablé hace rato a la Cherí. Que le quería contar una ¡pero gorda! de Sara Inés y su nuevo galán.

—De qué, de qué.

—Que se tranzaron. Casi acabaron con el departamento. Él le dio con ganas y ella le echó la taza de café hirviendo en la cara; bueno, en el cuello pero alcanzó la cara. ¡Lío de policía, Táibele, ninguna broma!

—Qué bruta. Te voy a decir que veíamos venir esa bronca ¿o no?

—Pero mira, esto es para la comida mañana. Porque así se lo dije a Cherí y le digo al cabo que mañana nos vemos en la comida, y me dice qué comida y le digo...

Táibele —¡Qué!

Marlene —¡Qué! Eso mismo le dije.

Marlene le habló a Aidée, que lanzó el siguiente alarido: «¡No!». Y por ahí siguieron hasta que Aidée se convenció de la verdad y de que estaban ante un hecho inexplicable y a punto de ser irremediable. ¿Qué iba a pasar con el grupo? ¿Empezaría a desampararse de esa manera? ¿Cuándo había sucedido qué, que Mali le cobraba a Cherí de modo tan inclemente y drástico?

Táibele le habló a Cármina. Cármina trabajaba en una editorial fuerte y estaba invariablemente metida en explicaciones minuciosas con algún autor novel, cuya obra maestra, al fin conseguida, no había sido aún publicada. Lo mismo que Táibele no podía ser interrumpida más de un minuto.

—Editorial Planeta. Gracias por llamar —dijo la telefonista.

—Juanita, comuníqueme con Cármina. Urgente. Habla Táibele. ¿Cómo sigue su niño, Juanita?

—La comunico, señora Táibele. Ya bien, muchas gracias, pero tengo entendido que Cármina está en una conferencia...

—Sí, sí, es cosa de un segundo. Gracias.

—Un momento, no cuelgue —dijo Cármina, que atendía a un joven barbón y muy mugroso, que había puesto sobre el escritorio un pesado paquete de originales a máquina.

—Lo que estoy pensando —decía el escritor— es llevar estos originales francamente a otra editorial, puesto que aquí me tienen francamente relegado...

—No diga eso, Chuy. Planeta está interesada en su novela y ahora en estos cuentos que nos trae, sólo que este año, como usted sabe perfectamente, espéreme un instante ¿sí? ¿Bueno?, por favor no cuelgue, un momento...

—¡Apúrate! —gritó Táibele incrustándose en la boca la bocina del teléfono.

—Porque mire usted, Cármina, no es que no entienda yo...

—Chuy, si no tenemos la comprensión y la ayuda de ustedes... Si quiere déjeme sus originales, yo misma los pasaré a la comisión, con la seguridad... Un instante, por favor...

Cármina había oído los gritos apagados en el teléfono y una o dos palabras tabernarias.

—¿Sí? —dijo Cármina.

—¡Ya manda a paseo a tu idiota premio nobel y escucha, es más que el clímax lo que te voy a decir!

—Sí cómo no, dígame —dijo burocráticamente Cármina.

—Mali no invitó ni va a invitar a Cherí a la comida.

—¡No! —saltó sobre su silla, Cármina—. ¡Un instante! ¡La fracción de un instante, por favor! Perdóneme Chuy, debo atender esto que es muy urgente. Déjeme sus originales, le voy a gestionar un adelanto, por favor. Todo en mis manos. Hábleme la semana entrante. Sea bueno y tan genial como siempre. Con permiso. ¿Hola? ¿Sí? ¡Ya! Chao Chuy, no se preocupe.

Chuy salió murmurando cosas agrias. Los originales quedaban encima del escritorio. Chuy cerró la puerta. Con velocidad de cine mudo los originales fueron a dar a un cesto repleto de originales. Cármina se lanzó hacia la caja de cigarras, sosteniendo entre la mejilla y el hombro el teléfono.

—¡No! No y cien veces no. ¿De dónde sacas eso?

Las dos mujeres quedaron en que ya todas estaban enteradas y sencillamente perplejas —con lo cual entendían que no había en su inteligencia y actitud dudas ni complicaciones personales o subjetivas, que es el peor modo de presentarse en el alma la perplejidad, sino grave sencillez, o sea que de modo llano y liso no sabían qué pensar ni decir ante el absurdo suceso; inclusive, Cármina lo declaró con precisión: «Ante suceso tan absurdo así como que no se me ocurre, así como que no sé qué pensar ni qué decir»—, y que no podía ser, que nadie iría a la comida si la fina canallada de Mali se realizaba, que el único capaz de enfrentarse a Mali sería Marcos, que Cármina le hablaría en ese mismo momento, que Marcos no podría negarse, que se estarían hablando —todas a todas— en el curso del día. Colgaron. A Cármina le golpeaba el pecho el corazón. Táíbele tenía la boca seca; pensaba: ¿Ya le habrá hablado Marlene a Aidée? Y empezó a marcar el número.

Marcos medía ciento noventa y cuatro centímetros, pesaba ciento quince kilos, y era de vientre mundial, inacabables glúteos, cuerpo peludo, cabeza calva hasta las orejas y desde aquí la melena rizada hasta los hombros, cejas como estropajos negros, voz de bajo profundo, y era absolutamente femenino.

—Cuore —dijo—, baraja más despacio esa abominación.

—Que tu hermana... etcétera —dijo Cármina—. Me enferma repetirlo. Me has oído perfectamente.

—Me quiero morir —dijo el bajo.

—No lo hagas —dijo Cármina—. Háblale a Mali.

—Baraja otro despacio esta segunda abominación. Conoces a Mali.

—Te conozco a ti.

—Fínjome occiso.

—Pues no va nadie. No va a ir ninguna si no va Cherí. Y Cherí sabrá que no hiciste nada por ella.

—Auxilio. Aguas profundas. Ignoro el arte de las mojaras y no me parezco a Percy Bysshe Shelley el bardo. Salvavidas urgente.

—Marcos: me quieres ¿no?

—Amo tus nalgas más a ambos mundos, cuore.

—Pues le hablas y me hablas y voy a colgar.

—Me quiero morir. Y no sé si resucite.

—Si resucitas a ver quién te recibe. Bai.

—Te detesto tanto que casi te deseo. Lárgate. Ojalá re-vientes cuando veas mis destrozos.

Colgaron. Ora sí está difícil —pensó Cármina—. Nunca se ha resistido tan en serio. Veremos qué.

Marcos se lamía dulcemente los morados bellos cuando entró canturreando en la inmensa recámara un suculento mucamo albino, armado de toallas y cepillos. Cruzó hacia el baño, preparó el yacusi y se hizo presente. Marcos se lamía, inmóvil, en posición de loto sobre la cama. Era su modo de enfrentarse a situaciones problema. El mucamo palmeó con apetito un par de veces.

—No, niño, no. Estoy de infarto —dijo Marcos cerrando los ojos. El mucamo pateó el suelo, a lo militar se dio vuelta y salió quebrando la cintura a cada paso, como quien jurara no volver jamás a la recámara. Haz berrinche, niño, que no es hora de golosinas, te aguantas —pensaba Marcos—. Estuvo en loto más de veinte minutos. Océánicos su vientre y sus negros muslos se hundían entre las sábanas. Abrió los ojos y dijo en voz alta:

—Euclides, maldita seas, te me voy a enfrentar —y marcó el teléfono de Mali.

—¿Alooó?... —dijo una voz doliente.

—Euclides... —dijo Marcos.

—¡Marcús! —dijo Mali, un leve temblor de alarma.

—Euclides... —Repitió Marcos, y las maderas de las ventanas de la vieja recámara temblaron en la resonancia

de la poderosa voz, y los vidrios tintinearón. Mali enmudeció, de golpe, tres segundos. —¡No es por mí si estás enojado! Marcús, mírame serena en la almena. Marcús puedes oírme serena en la almena, Marcús... se hizo un hilo dolorido.

—Euclides, tú sí de veras ya ni qué.

—¡Pero si estoy feliz!

—Los tuyos no son modos. Yo ¿me crees? contigo ya no sé cómo.

—Marcús de qué me estás acusando. No me centupliques a estas horas, no me petrifiques.

—Euclides... abominas.

—¡No! por qué me dices eso.

—Euclides... la presente te la pongo sólo para desearte feliz comida con tus dilectas, visto y dado que yo me voy a un restorán a conversar con la enana Cherí. Y sin más por el momento...

—Marcús por qué me haces este daño. La Cherí es mi principal invitada...

—«No levantarás falsos testimonios ni mentirás»... octavo del decálogo, y aún no inventamos nada más latoso ni inevitable.

—Cómo te la llevas a un resto... Cómo... qué bobera pensar que puedes privarme de Cherí en mi comida anual. ¡Marcús tú me quitas a Cherí y yo no sé qué me da, eso sí te lo digo!

—Euclides... estoy a punto de desequilibrio. Di tus últimas palabras.

—Marcús estás horrible. Tú no vengas, por favor. No quiero que oigas lo que le voy a decir de ti a Cherí.

—Mali, Mali, Mali te amo —dijo Marcos.

—Chao mi vida. Aquí nos vemos —dijo Mali y colgó delicadamente el teléfono. Lo miró desolada, furiosa un instante y luego tiernamente entristecida. Descolgó. Iba a marcar. Colgó. Como niña lastimada por un adulto cruel, se levantó pensando: «No. Siempre hay un último momento.